

**[ Narramos en el tiempo y narramos el espacio ]**

Marta Hernández Cuenca

Gira persistente el adhesivo de la cinta sobre el cartón, fijándolo, dándole forma. Las cajas ya montadas se acumulan en la entrada. Vacías. Y conforme los objetos embalados en papeles de periódico antiguos las llenan, también se vacía la habitación. Y se van distribuyendo los objetos: los que irán contigo y los que no. Todo está ahora dentro para estar luego fuera.

Suena la llegada del camión.

Empieza a notarse que el sol ilumina cada día con más fuerza este mes. Y entra el destello del mediodía atravesando la ventana y entrando por los agujeros de la persiana que se ha dejado entreabierta. Empieza a notarse que el sol es más cálido. Creciendo el día. Un rayo alumbra el mueble del salón, dejando al descubierto el polvo que ha acabado por envolver los objetos que ya no están y han dejado su rastro sobre la madera de pino que tanto estaba de moda cuando inauguramos la casa. La marca de la foto de la comunión que ocupaba la pared, ensuciada por el humo del tabaco acumulado durante celebraciones y fiestas de final de año, desvela el color brillante de la primera pintura. Llega la hora de dejar el espacio que se ha vaciado: el inmueble y los recuerdos. Todo está ya fuera. Y al coger por última vez el pomo de la puerta que parece tener ya la forma de la palma de tu mano y cerrar, es como si se acabase una parte de ti y de tu vida.

El silencio recorre ahora el pasillo, llenando cada estancia, cada armario, cada rincón. Paredes que vivieron visitas y actos de amor, complicidades, secretos, diversión, penas, llantos, sueños, pesadillas e ilusiones ya no resuenan. Paredes que quedan a la espera de escuchar nuevos pasos, guardan y aguardarán desde ese momento a otros nuevos que ocupen el espacio que fue tuyo.<sup>1</sup>

Los seres humanos somos historias. *Al escribir una historia se sigue habitualmente el orden del tiempo; el patrón fundamental de la historiografía es la crónica, la secuencia temporal de acontecimientos*<sup>2</sup>. Paul Ricoeur nos adelanta que la identidad de una persona es narrativa y propone que toda identidad es construida a través del proceso vital, que la identidad es, además, móvil y dinámica: *somos autocreación incesante a partir de los relatos históricos y de ficción que constituyen la historia de una vida*<sup>3</sup>. La identidad por tanto no nos viene dada solo por lo que somos en un momento concreto de nuestra vida sino por lo que hemos sido y lo que hemos llegado a ser.

---

<sup>1</sup> Relato de creación propia. *Cajas, luz y polvo en las estanterías*.

<sup>2</sup> SCHLÖGEL, K. *En el espacio leemos el tiempo*, p. 13

<sup>3</sup> María Antonia González Valera y Greta Rivera

A lo largo de nuestra estancia en este mundo nos ocurren cosas que de una forma y otra nos hacen ser así y cambiar. Cosas que en un momento dado considerábamos insignificantes se convierten en pilares fundamentales de nuestra vida, y viceversa. La personalidad puede dar un vuelco de ciento ochenta grados y aún así sigues siento la misma persona. Ser uno mismo, identificarse, reconocerse y que también lo hagan los demás es algo que nos viene dado por la *identidad*. Así, aunque nuestros intereses, nuestros gustos, nuestro pensamiento, incluso nuestro físico cambien, la identidad permanece de algún modo, es lo esencial del ser. Es curioso como nos seguimos identificando entonces como iguales a nosotros mismos, habiendo cambiado, siendo tan diferente nuestro *yo* presente a nuestro *yo* pasado. Algo ha permanecido y se ha mantenido en ese cambio. Podríamos hablar de lo que Kant y Aristóteles llaman *sustancia*. *Yo soy yo* y es esa mismidad es lo que me hace ser *yo* y no *otro*: el parecido. Pero, ¿nos parecemos a nosotros mismos? No lo creo. La identidad se mantiene en el tiempo pero no precisamente por ser parecida a sí misma.

Paul Ricoeur llega a la conclusión de que *el concepto de identidad guarda una relación con la permanencia en el tiempo* a pesar de los problemáticos significados de la palabra *idéntico*<sup>4</sup>. Resume que la identidad tiene que ver con las vivencias y experiencias que tenemos a lo largo de nuestra vida; la experiencia del cambio y la transformación continua de un individuo es lo que define y no es la fisiognómica, ni los rasgos de nuestro rostro más especiales. Es la propia narración que relata el cambio lo que nos hace sentirnos idénticos. Pero, ¿qué se entiende gracias a la narración y qué tiene que ver con el carácter de la identidad? Una narración siempre, o casi siempre, comienza con una ruptura o un cambio en la que, a continuación, una sucesión de acontecimientos intentan solucionarlo. Por eso, muchos de los finales narrativos acaban tal y como empiezan: arreglando el desequilibrio. Pero, ¿ha cambiado algo en el individuo? ¿En qué ha ayudado la narración? Lo único que ha cambiado en el personaje es su evolución, madurez y consciencia pero el personaje en sí sigue siendo el mismo. *La identidad importa porque lo importante es la trayectoria de la*

---

<sup>4</sup> *idéntico* tiene dos sentidos que corresponden respectivamente a los términos latinos *idem* e *ipse*. Según el primer sentido (*idem*), idéntico quiere decir extremadamente parecido (en alemán: *Gleich, Gleichheit*; en inglés: *same, sameness*) y por tanto inmutable, que no cambia a lo largo del tiempo. Según el segundo sentido (*ipse*), idéntico quiere decir propio; en alemán: *eigen*; en inglés: *proper*. (RICOEUR, P. *La identidad narrativa*, p. 342)

*vida como una vida vivida y perteneciente a un sujeto que se sabe él mismo no solo en una decisión en particular, sino en el conjunto de su existencia.*<sup>5</sup>

Lo que nos hace ser nosotros es saber cómo hemos llegado a tener esa cicatriz tan particular en nuestro cuerpo, por qué vivimos donde vivimos y cómo hemos llegado a tener lo que tenemos. Así, cuando nos definimos con un *yo soy tal cosa*, se establece una estabilidad en la identidad que no permite el cambio. Sin embargo, gracias a la narración esa identidad, ese *yo soy tal cosa* puede mutar, cambiar y construirse. Personajes quedan encasillados en una definición única, por ejemplo en el caso del cuento *Catedral* donde el ciego se caracteriza únicamente por ser ciego y eso es lo que lo define únicamente. El sujeto no puede ser otra cosa que eso, su definición de ciego le impide ser otra cosa. En el texto suenan frases como “¡Un ciego con barba!”, “siempre pensé que las gafas oscuras eran indispensables para los ciegos”<sup>6</sup>, “sus ojos parecían normales como los de todo el mundo”. Al personaje se le niega el carácter cambiante de propio de la identidad pero, conforme avanza la historia y gracias a la narración, su identidad nace más allá de ese encasillamiento. Nace un cambio en los personajes que se dan cuenta que la ceguera no es la identidad misma del individuo sino que ésta va mucho más allá del sentido de la visión y que decir: *nunca ha sabido como soy yo*, no tiene nada que ver con la sensibilidad de ver o no ver sino que es el verdadero conocimiento está más cerca de lo inteligible que de los sentidos sensibles. Sin embargo, no quiero entrar ahora en teorías sobre la fenomenología de la mirada o del pensamiento, así, volviendo a lo que estábamos hablando, la narración sirve para unir lo disperso dentro de la propia identidad del sujeto en el recorrido de la vida. Sin embargo, en una narración, el narrador elige qué contar y podríamos hablar, por ejemplo, de una vida sin identidad pero *si el no-sujeto no fuese aún una figura del sujeto, incluso en su forma negativa, no nos interesaríamos por ese drama de la disolución y quedaríamos perplejos ante el mismo. Alguien plantea una pregunta: “¿quién soy?”, y recibe una respuesta: “nada o casi nada”, pero se trata todavía de una respuesta a la pregunta ¿quién?, llevada simplemente, a la desnudez de la cuestión*<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> BRONCANO, F. *Sujetos en la niebla*

<sup>6</sup> CARVER, R. *Catedral*

<sup>7</sup> RICOEUR, P. La identidad narrativa, p. 349

Siempre necesitaríamos del relato y de ciertos acontecimientos primordiales para entender esa pérdida de la identidad o del *no ser*. Por otro lado, hay que sumar y tener en cuenta a nuestra visión y forma de ver y entender el universo. Consideramos una narración a aquello que va más allá del lenguaje y de la palabra ya que una imagen fija suspende el tiempo de narración y la fluidez de las cosas. Sin embargo, y a pesar de eso, la conciencia humana y su modo de leer las imágenes crea movimiento y por consecuencia narración e historias que se esconden tras la imagen. Detrás de cada panorámica hay un *qué* y un *cómo*, está la experiencia de un sujeto. La forma narración varía en relación a quién viva el acontecimiento y quién lo narre, aún así la narración en sí misma sigue existiendo. La acción de narrar es invariante, el acto de explicar lo que pasa con acontecimientos que desembocan en un final, a pesar de las diferencias culturales, es universal. Estamos continuamente narrando en todo el mundo. Somos capaces de hilar los acontecimientos más dispares temporalmente y eso es la narración. Ordenamos, damos lógica y sentido no solo temporal sino también espacial –porque lo espacial siempre contiene temporalidad –véase el libro ilustrado *AQUÍ*<sup>8</sup> que es un ejemplo de ello. Pero, ¿cuándo consideramos verdadero una narración? La verosimilitud de un relato tiene que ver con la coherencia dentro de la propia historia, si algo tiene coherencia, entonces tiene carácter verdadero y por tanto *de verdad*. De esta forma, gracias a la narración y nuestra capacidad de entender la sucesión de acontecimientos podemos tener un hilo de continuidad de la historia de un individuo. Así construimos la identidad. Las experiencias y vivencias importantes marcan una secuencia y gracias a la narración y la coherencia entre ellas un individuo puede identificarse con *el mismo*, poner en relación el presente con el pasado y decir a lo largo de toda su vida *soy yo*.

Entonces, teniendo en cuenta que lo que nos identifica es la narración de pequeños pedazos de nuestra vida, se podría decir que estamos hechos de tiempo y sobre todo de recuerdos. La identidad nace de la coherencia entre esa sucesión de acontecimientos y experiencias importantes que nos hacen ser como somos. Son los recuerdos los que nos permiten identificarnos y sin ellos, estamos

---

<sup>8</sup> MCGUIRE, R. *AQUÍ*, Ed. S.A. Salamanca, 2015

perdidos tanto en el espacio como en el tiempo –pensemos, por ejemplo, en una persona con Alzheimer que ha perdido sus recuerdos y como resultado, la noción de quién es–.

Por otro lado, aunque normalmente los recuerdos están ordenados temporalmente también suelen asociarse a ciertas vivencias en el espacio en el que ha sucedido una u otra cosa. La novela *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann* de Marcel Proust es un ejemplo de monumento a la memoria<sup>9</sup>, la obra literaria permeada por las concepciones filosóficas de Henri Bergson<sup>10</sup> muestra un análisis del vacío y la vanidad de la vida de *Swann* como protagonista de la obra. La temporalidad del sujeto y la creación de su personalidad se hace a través del tiempo pero también a través de los espacios –los hogares– que han marcado cada etapa importante de su vida. Los atributos de la identidad contemporánea pueden estudiarse a través de la literatura y los personajes que se nos presentan en cada novela o cuento, en el caso de Proust, renovador de la literatura en torno a la identidad, lo interesante de sus relatos yace en cómo la identidad de un individuo es fluida en su narración. El personaje de *Swann* justifica quién es él a través de la narración de su propia vida, su perspectiva moral es cambiante.

La forma que tiene Proust de escribir el libro es, además, imprecisa e intangible temporalmente hablando por lo que incluso desdibuja el espacio-tiempo del propio personaje. La superposición del tiempo que se narra, los enlaces y saltos temporales y el hecho de que la novela ya haya acabado en el momento que el autor empieza a escribirla, son factores que nos indican que estamos ante un pensamiento filosófico de cambio y permanencia, una visión sobre la existencia de lo que ya no está pero que al mismo tiempo permanece por el hecho de haber quedado grabado en la memoria, la experiencia y el recuerdo con el que se ha forjado la identidad de una persona. Las identidades proustianas son fragmentadas, Proust se identifica con diferentes personajes de su libro dependiendo de cada momento de su vida, sin embargo, sigue siendo él en cada personaje; no trata de mostrar facetas de su identidad sino la inestabilidad de un

---

<sup>9</sup> Aunque según Gilles Deleuze *En busca del tiempo perdido*: “No consiste en la memoria, en el recuerdo ni aun involuntario” sino que la novela consiste en aprender los signos que se nos presentan en la vida y que según Proust *aprender al fin y al cabo es recordar*. (DELEUZE, G. *Proust y los signos*, p.3.)

<sup>10</sup> BERGSON, H. Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia. Tiempo materia y pensamiento.

individuo que es capaz de captarse a través a sí mismo del tiempo, Proust junta todos sus *yo* como si fuesen diferentes.

Quisiera citar un fragmento del libro, que creo que tiene relación con lo que estamos hablando, en la que el personaje de *Swann* encuentra su identidad escondida entre la imagen que el tiene de su habitación, de sus pertenencias y de lo que entiende como su *yo*, su forma de ser y personalidad se extrae de los propios recuerdos que tiene de el mismo y del recorrido de su propia vida.

#### La habitación de Marcel Proust en la rue Hamelin



*Los muebles, la alcoba, el todo aquel del que yo no era más que una ínfima parte (...) no sabía donde me encontraba, en el primer momento tampoco sabía quién era (...). En mi no había otra cosa que el sentimiento de la existencia en su sencillez, primitiva, tal y como puede vibrar en el hondo de un animal, hallándome en mayor desnudez de todo que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo y todavía no era el recuerdo del lugar en el que me hallaba, sino el de otros sitios en donde yo había vivido y en donde podría estar. Descendía hasta mi como en socorro llegado de lo alto para sacarme de la nada, porque yo solo nunca hubiera podido salir, en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen borrosamente entrevista de las lámparas de petróleo, de las camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo lentamente los rasgos peculiares de mi personalidad.<sup>11</sup>*

---

<sup>11</sup> PROUST, M. *En busca del tiempo perdido*, p.p. 3-4

La lectura que hace el personaje sobre el espacio nuevo en el que está no puede desligarse de lo que ya conoce, es por eso que no solo lo temporal marca el eje de acontecimientos de una vida sino que el recuerdo también tiene que ver con el espacio. *Ese predominio de lo temporal en la narración histórica como en el pensamiento filosófico ha adquirido poco menos que un derecho consuetudinario que se acepta tácitamente sin preguntar más, como ya señalaban Reinhart Koselleck y Otto Friedrich Bollnow. La carencia de dimensión espacial no llama ya la atención. Pero luego hay momentos históricos en que se diría que una venda cae de los ojos. De golpe se hace claro que “ser y tiempo” no abarcan la entera dimensión de la existencia humana*<sup>12</sup>. Tiempo y espacio se convierten en los pilares del recuerdo. Incluso me atrevería a decir que es el espacio el que marca el tiempo y no al contrario y que es el espacio el que ordena el tiempo en el eje de acontecimientos de una vida y que *Fernand Braudel tenía razón cuando titulaba al espacio “enemigo número 1”: la lucha humana contra el “horror vacui”, el esfuerzo incesantemente encaminado a domeñar el espacio, dominarlo y finalmente apropiárselo.*<sup>13</sup> Porque un espacio nuevo y vacío implica un vacío del recuerdo. Es por eso, por ejemplo, que cuando alquilamos una casa necesitamos ocuparla con nuestras cosas, los objetos que colocamos sobre el estante, que es nuestro y que reconocemos de nuestro pasado nos hace identificarnos con el espacio nuevo. Cuando nuestras pertenencias están ahí, de algún modo, el espacio tiene algo de nosotros y por consecuencia nosotros tenemos algo de él.

Ya es el tercer o cuarto viaje. Las escaleras cada vez más largas, los escalones cada vez más altos y las cajas cada vez más pesadas. Casi parecía impensable que una única persona fuese capaz de acumular tanto cacharro. Pero ya está todo. Pero aún no hay nada. Hay silencio y sin embargo de fondo se acaricia un piano que repite una misma melodía una y otra vez, constante. Tan constante que sin conocerla acabas por tararearla, casi puedes tocarla tú misma sin la ayuda del piano. Es acogedora. Contrasta con el vacío de la habitación. Inmaculada. La pared blanca de gotéale que aún guarda clavos de cuadros desconocidos, el cochón azul sin fundas, la ventana sin cortinas por la que al menos asoma el sol y entorna tus ojos ensombreciendo el vacío y dejando lugar a la imaginación.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> SCHLÖGEL, K. *En el espacio leemos el tiempo*, p. 14

<sup>13</sup> *op. Cit.* p. 14

<sup>14</sup> Relato de creación propia. *Cajas, luz y polvo en las estanterías.*

La habitación vacía, el espacio vacío nos abrumba porque nos confunde, nos sentimos extraños en ese lugar. Las cosas nos permiten saber qué hacemos ahí, cómo hemos llegado y por qué. Llenar el vacío con nuestros recuerdos nos tranquiliza, es ese hilo temporal que crea coherencia, entidad e identidad. Colocarlos todo nos acostumbra de alguna forma al espacio, como si ya lo conociésemos. En esa cotidianidad del conocimiento, tenemos puesto el velo de la costumbre que impide fijarnos en lo nuevo que nos rodea. El movimiento dialéctico una conciencia, ya sea de un sujeto o un colectivo, ejerce sobre sí mismo el saber sobre un objeto y en la medida que surge este saber del objeto nuevo, se da lugar a la experiencia. Así, lo que ocurre en la experiencia es que en un momento dado -momento de extrañamiento según Hegel-, el objeto cambia y hace cambiar la conciencia. Por tanto, En la maduración y el cambio lo importante no es el propio objeto de estudio porque este cambia continuamente, sino ese momento inesperado; el momento en el que el encuentro de descolocarse aparece un *nuevo objeto verdadero*. El extrañamiento nos lleva al descubrimiento, cuando algo se sale del hilo de lo cotidiano, cuando algo deja de ser como suele ser, nos descubre la esencia de esa rutina que hemos perdido. Sin embargo, al restablecer el equilibrio, en la narración, en colocar nuestro pasado en el presente encontramos de nuevo la costumbre. *¡Costumbre, (...) sin ella (...), el alma nunca lograría hacer habitable morada alguna!*<sup>15</sup> Narramos en el tiempo y narramos el espacio y nuestra identidad se forma en torno a ese espacio que habitamos, que nos nutre y que a la vez nutrimos. Cuando llegamos a un espacio necesitamos tiempo de acostumbrarnos y el acto de colocar ahí donde vamos las cosas de nuestra vida, nos ayuda a ello.

La tarea de desembalar es casi más pesada que la que precede. La esperanza de que no falte ninguna cosa, que este todo y que nada esté roto. Que cada objeto, cada experiencia e historia que le da forma y compone la materia haya quedado intacta en el cambio y pueda ocupar su lugar allí donde nos acompaña para hacer presente esa parte del pasado. Pasado que pasó pero sigue estando de algún modo latente en el objeto que nos lo recuerda.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> PROUST, M. *En busca del tiempo perdido*, p. 7

<sup>16</sup> Relato de creación propia. *Cajas, luz y polvo en las estanterías*.

Tus cosas se unen entre sí para formar toda una atmósfera de recuerdos dentro de la habitación. Nuestras pertenencias no solo nos ubican y reconfortan sino que también nos protegen. Dormir en camas ajenas nos desorienta, decimos *he extrañado la cama*, pero quizá lo que extrañamos es la identidad que hemos desentrañado en esa cama. Podríamos pensar que *habitar* un lugar u otro nos identifica, ¿quién habría sido yo de haber alquilado una casa diferente a la que alquilé? ¿Qué persona estará ocupando el lugar que no ocupó yo? ¿Habría cambiado algo de mí y la trayectoria de mi vida de estar en un sitio diferente?

*La habitación estaba ordenada; parecía poco utilizada aún, casi intocada. No había prendas tiradas encima de las sillas; no se veían zapatos ni medias ni corsés. Ni maletas abiertas. Ningún desorden ni embrollo, en suma; nada sino cotidiano y pesado mobiliario.*<sup>17</sup>

Este fragmento recuerda a esa construcción de la identidad en torno a las posesiones y a la habitación y contrasta por el contrario con la falta de la identidad de las habitaciones de tránsito o de las salas comunes, salas de espera, vacías de objetos, solo con sillas y mobiliario de paso. Sin objetos que nos recuerden, lugares sin alma y sin memoria en los que las personas, en su mayoría son visitantes distintos cada día que se muestran inexpresivos de identidad. Y sin embargo, a pesar de esa no conexión con el espacio sigue habiendo una cierta unión al lugar conforme más tiempo se pasa en él.

*Imagine entering a concert hall and seeing that someone is sitting in the seat that you have already booked. You have the ticket to prove it, and what is more, the particular seat is your favourite in the whole theatre. This little piece of paper you are holding is your guarantee of your claim, and you only need someone to mediate in order for you to get your rightful seats. You find an usher who confirms the seats and, escorting you to the seat in question, asks to see the ticket of the person currently seating in your*

---

<sup>17</sup> RAYMOND, C. *Tres rosas amarillas*

*seat. But, lo and behold!, this person has a ticket with the exact same seat number as you do. What do you do?*<sup>18</sup>

Hasta ahora hemos hablado de la ocupación del hogar, de cómo el individuo se caracteriza por ese espacio propio en el que almacena sus cosas y sus recuerdos, pero, ¿cómo afecta en una persona el espacio ajeno? En *El asiento y el Ticket* vemos no solo como el individuo se apega al espacio, apropiándose sino también como un mismo espacio puede tener más de un significado dependiendo de la persona que se lo apropie. La apropiación del espacio, cuando es ajeno interesa por su disparidad de pensamiento y aptitudes en relación a él, pero es más interesante aún la apropiación de un espacio que ya identifica a otra persona; ajeno no por no ser de nadie sino por ser justamente de *otro*. Los textos de Raymond Carver y Alice Munro sirven para ejemplificar esto a través de la cotidianidad de sus relatos.

Aparecen en sus cuentos, personajes donde la visión de los otros sirve de alumbramiento de la verdad de la identidad propia, la narración del cambio de un antes y un después, personajes que se convierten en otro por hacer lo que el otro hace, vestir como el otro viste, tener sus mismas pertenencias, ocupar su casa, *"Soy como él, cuando bebo agua decía"*<sup>19</sup>. Personajes con identidad fragmentada producto de haber creado su identidad a partir de la idea del cómo es el otro, perdiendo su esencia y anulando su propia identidad frente a la del otro. Personajes que aparentan. Personajes que creen mutar de identidad al cambiar su apariencia física *"¿Quién es ese?", "no parezco yo", "Ahora Doreen pasaba más tiempo en la cama", "Ha cambiado mucho", "No sabría decirte"*<sup>20</sup>. Personajes que deducen identidades que desconocen.

En los relatos de Alice Munro la descripción del espacio, típica del simbolismo realista del siglo XIX, coincide con la personalidad de los personajes protagonistas de la historia. En el costumbrismo de las narraciones, los

---

<sup>18</sup> Andreas Philippopoulos-Mihalopoulos. *The movement of spatial justice, The Seat and the Ticket*. (Imagina entrar en un auditorio y ver que alguien está sentado en el asiento que había reservado. Tienes el ticket para [-- [...] demostrarlo y, es más, ese asiento en concreto es tu favorito en todo el teatro. La pequeña pieza de papel que sostienes es tu garantía para probarlo, y solo necesitas a alguien que medie por ti para conseguir el asiento que te corresponde. Encuentras a un acomodador que confirma las plazas y, al acompañarte al susodicho asiento, le pides el ticket para comprobarlo a la persona que ocupa tu asiento. Pero, ¡espera un momento!, ella tiene un ticket exactamente con el mismo número de asiento que el tuyo. ¿Qué haces?)

<sup>19</sup> CARVER, R. *Vecinos*

<sup>20</sup> CARVER, R. *They're not your husband*

protagonistas se reconocen en el paisaje y se reafirman en sus diálogos. Identidades diferentes según el entorno, la ciudad frente al pueblo, los cálidos interiores frente a los fríos exteriores en invierno. Así, en los cuentos aparecen escenas muy interesantes de cambios de identidad, identidades que fluctúan dependiendo de los espacios en los que se encuentran o de con qué otro personaje compartan el acto. Por otro lado, en Carver, los personajes de un carácter más plano asimilan que se les propone a lo largo de la historia. Carver, no hace una concesión de lo que relata, pone en el papel lo que hay, sin ataduras ni interpretaciones enternecedoras, son historias con un final abierto y a menudo amargo, retracta el alma de la cotidianidad de la modernidad en el que la historia se suspende en el tiempo como un *flash* de realidad que no empieza ni acaba. Así, de esta autora interesa sobre todo el cuento *Vecinos* para hablar de la apropiación de la identidad del *otro* e intentar resolver a la pregunta de qué pasa cuando vives rodeado de pertenencias que no son tuyas y que tiene relación con la identidad entorno al espacio. Encontrar identidad en las cosas ajenas, vernos reflejados en el espejo de la casa de *otro* y vernos diferente, cerrar los ojos e imaginarnos de otra manera, ver una realidad que no somos. En el cuento, un matrimonio le pide a sus vecinos que cuiden de su casa en su ausencia, alimenten a su gato y rieguen sus plantas, inmediatamente, los vecinos empiezan a imaginar cómo serían ellos de ser aquel matrimonio: *“me gustaría que fuésemos nosotros”*. El hogar de aquel matrimonio, sus cosas, y la posibilidad de estar allí con la intimidad como si el espacio no fuese ajeno, permite a los vecinos fingir una apropiación del espacio y por tanto de lo que hay dentro de él, incluida la identidad de aquellas personas ausentes. *“Olió el apio, dio dos mordiscos al queso y masticó una manzana mientras caminaba al dormitorio. La cama parecía enorme, con la colcha blanca de pelusa que cubría hasta el suelo. Abrió el cajón de una mesilla de noche, encontró un paquete medio vacío de cigarrillos, y se los metió en el bolsillo”*<sup>21</sup>. La casa de ellos no es mejor por ser propiamente mejor sino porque se convierte de algún modo en la idealización de una identidad distinta de la que se posee, los espejos y las miradas se convierten en elementos que simbolizan ese cambio de identidad que los vecinos desean.

---

<sup>21</sup> CARVER, R. *Vecinos*

*“¿Por qué no vas a mirarte al espejo?”, “Se miró en el espejo y a continuación cerró los ojos y volvió a mirarse”, “Se quedó un rato con los ojos cerrados , y después movió la mano por debajo de su cinturón. Trato de acordarse de que día era. Trató de recordar cuando regresarían los Stone, y se preguntó si regresarían algún día. No podía acordarse de sus caras o la manera de cómo hablaban y vestían. Suspiró y con esfuerzo se dio la vuelta en la cama para inclinarse sobre la cómoda y mirarse en el espejo. Abrió el armario y escogió una camisa hawaiana (...). Se mudó de ropa y se puso los pantalones cortos y la camisa. Se miró al espejo de nuevo. Fue a la sala y se puso una bebida y comenzó a bebérsela de vuelta al dormitorio (...) sonrió observándose a sí mismo en el espejo.”<sup>22</sup>*

Vemos los objetos personales como material de identidad e incluso perdemos la noción de nuestro propio tiempo al cruzar la puerta que nos conduce a esas pertenencias. *“¿Estuve mucho tiempo aquí?”*. La puerta es la frontera entre nuestra identidad y la del otro, porque hemos estado ocupando tiempo de una identidad que no nos pertenece. Es como el tiempo que hemos vivido ahí, en una casa que no es nuestra no se acumulase en nuestra línea de tiempo sino en la del otro, porque no nos hemos reconocido a nosotros mismos en esas acciones sino al propietario de esa vida que hemos fingido nuestra.

*– ¡Dios mío! – dijo ella – Deje la llave dentro.  
– Él probó el pomo. No se movía.”<sup>23</sup>*

Y al perder el poder de la llave que nos abría esa puerta a la otra casa, perdimos también la identidad que había ahí dentro.

---

<sup>22</sup> CARVER, R. *Vecinos*

<sup>23</sup> *op. Cit*

## Bibliografía

ALICE MUNRO. *Las lunas de Júpiter*, Madrid, 2010

*Mi vida querida*, Barcelona, Ed. Lumen, 2013

*Secretos a voces*, Barcelona, RBA editores, 2008

FERNANDO BRONCANO. *Sujetos en la niebla: narrativas sobre la identidad*. Ed. Herder, 2013

GILLES DELEUZE. *Proust y los signos*. Ed. Anagrama, 1995

KARL SCHLÖGEL. *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica. Introducción*. Biblioteca de Ensayo Siruela. Traducción del alemán José Luis Arántegui, 2007

MARCEL PROUST. *En busca del tiempo perdido: por el camino de Swann*. Barcelona. 1952.

MARTIN HEIDDEGGER. *Construir, habitar, pensar*. Ed. La Oficina, 2015

PAUL RICOEUR. *La identidad narrativa*

RAYMOND CARVER. *Catedral*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1992

*Tiempos revueltos y otras historias*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1992

*Tres rosas amarillas*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1992

*De qué hablamos cuando hablamos de amor*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1993

*¿Quieres hacer el favor de callarte de una vez?*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1993

HENRI BERGSON. *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia. Tiempo materia y pensamiento*, Ed. SIGUEME. Salamanca. 2006